



El narrador equisciente:

- Es una especie de narrador omnisciente que sabe todo solo de un personaje, pero no de los otros.
- Logra expresar lo que ese personaje siente, en tercera persona, pero hace sentir al lector que es el personaje el que está diciendo. Podemos decir que encubre a una primera persona. Sus juicios de valor, opiniones y consideraciones subjetivas son las del personaje al que sigue.
- ¿Por qué usarlo en lugar de usar una primera persona? Porque puede aportar información sobre el personaje que el personaje mismo desconoce e, incluso, describirlo desde un punto de vista externo. El narrador puede ir constantemente del omnisciente al equisciente.
- Da información sobre el personaje al mismo tiempo que el personaje la descubre.
- El narrador equisciente diría cosas del personaje que este nunca diría de sí mismo de ser quien contara la historia.
- Su visión sobre el comportamiento del resto de los personajes y sucesos de la historia es subjetiva: puede sugerir y conjeturar sin perder credibilidad, pero sin alcanzar la verosimilitud absoluta de un omnisciente.
- Su percepción es limitada, pero puede darse en dos formas: limitada simple o limitada global:
 - o Limitada simple: un solo personaje al que el narrador sigue durante toda la historia.



- Limitada global: El personaje seguido por el narrador cambia según las escenas o el capítulo. Este permite al lector tener diversas perspectivas de los hechos de la historia según el punto de vista de varios personajes. No pierde la credibilidad del narrador omnisciente, aunque con menor verosimilitud. No es, tampoco, imparcial como el narrador testigo o sesgado como el narrador en primera persona.
- El narrador equisciente es más característico de la novela y las narraciones largas, y suele usarse para los géneros detectivescos y de terror.

Ejemplo: *La eternidad por fin comienza un lunes* (Eliseo Alberto Diego —Lichi— pp. 189-190)

“Bebé no estaba preparada para salir airosa de una encrucijada como esa. Era la primera declaración de amor que escuchaba en su cabrona vida, y tuvo el presentimiento insoportable de que se estaban burlando de ella.

—No estoy disfrazada, señor: yo soy así —fue lo que atinó a decir, con las mandíbulas atornilladas por el susto, y en su memoria afloraron los olores de la cocina y los ascos de las grasas indigestas y el aliento de aquel hijo de puta que pintaba ángeles en las bóvedas del convento. Felipe Ospina le tomó las manos y acariciándole la línea de la fortuna dijo:

Puedo leer su corazón, y leo que nunca ha habido sobre la tierra una mujer como usted y deduzco que nadie ha sufrido tanto y me atrevo a anunciarle que pronto será feliz: alguien que está tan cerca que no



puede verlo habrá de amarla. Olvídeme si quiere, pero no olvide que yo siempre la recordaré.

Bebé se levantó de la mesa sin dar ni pedir explicaciones y se perdió en el mar de comparseros que arrollaban por las calles cantando rumbas tristes. Corrió hasta el circo, perseguida por los relámpagos de los fuegos artificiales y por los relámpagos del recuerdo, y buscó refugio en el juguetero del carricoche: se arrancó la camiseta de piel de leopardo y se tiró sobre la cama a llorar sin lágrimas, como una Cenicienta al revés para quien las campanadas de la media noche marcaban la hora terrible de su terrible soledad. “No quiero ser feliz, no quiero ser feliz”, dijo a la gitana de castañuelas y una ráfaga movió de pronto, y por respuesta, los sonajeros de la cuna”.